

2 de febrero de 2018

En el momento en que me pidieron que dijera unas palabras sobre Àvia pensé en qué se tiene que decir en una situación así: si hubiésemos querido hacer algún comentario negativo, no hubiésemos podido. Tanto de los recuerdos que tenemos los nietos, como de los recuerdos que a través de vosotros hemos podido acumular, nada nunca ha podido ser objeto de crítica. Cualquier comentario sobre ella siempre ha sido para ensalzar alguna de sus muchas virtudes.

Podemos decir que fue una avanzada a su tiempo. Nació en una sociedad muy diferente a la que hoy conocemos. Es cierto que disponer de una capacidad intelectual como la suya facilitaba la labor, pero aun así la labor fue encomiable. A nadie le preparan para vivir en el futuro, sino que nos preparan para replicar la vida de los que nos han precedido. Adelantarse al tiempo de uno mismo significa entender que aquello que la gente espera de ti no es la meta que te has de fijar. El inconformismo te lleva a fijarte metas cada vez más lejanas, que te permiten ser pionero – en este caso pionera – y ejemplo a seguir por las generaciones que te siguen. Si la época en que vivió esperaba de ella la preparación para una vida dedicada al hogar y a la familia, ella decidió prepararse para una vida profesional y de mundo como pocas personas hemos conocido.

2 años antes de nacer ella – en 1913 – se publicó una de las novelas que marcaron la literatura moderna. Marcel Proust habló de cuáles eran las cualidades de una persona de mundo: una persona que sabe desenvolverse, con conocimiento y saber hacer, en cualquier situación que se le presente, sea del tipo que sea. Siempre con discreción, con educación, sin alardear - con humildad - y con convencimiento. Todas esas eran cualidades que destacaban en Carmen, pero no eran las únicas.

Se preparó con ahínco y con tesón para no depender de nada ni de nadie. Estudió y viajó en su juventud. Aprendió idiomas. Muchos. Cuando apenas contaba con 21 años, ya habiendo acabado la carrera de Derecho, se vio inmersa en el drama que marcó a toda su generación. Pero eso no la amedrentó y asumió la responsabilidad, fijándose unas metas mucho más ambiciosas de lo que nadie podía esperar. Opositó a una de las posiciones más difíciles de cuantas existían y triunfó, no sin un esfuerzo que recordaría hasta sus últimos días.

Tras obtener su plaza de Registradora formó su familia, con Josep Maria, a quien admiraba profundamente y en quien confiaba de forma ciega. Pasó muchos de sus años en Poblá, donde crecieron sus hijas. Poco a poco su ascenso en el escalafón del Registro la llevó a Barcelona donde residió hasta el final de sus largos 102 años.

Si bien sus logros en el ámbito profesional fueron muy destacados, su vida personal no se resintió por ello. Además de una familia muy unida, tuvo numerosos amigos y disfrutó de su tiempo. Viajó todo el mundo y leyó y se entretuvo en todo aquello que le gustaba. Aunque siempre, por delante de todo, antepuso su sacrificio. Ya fuese para sí, o lo más frecuente, para otros. Se sacrificó y esforzó por facilitar la vida a aquellos que la rodeaban.

2 de febrero de 2018

Aunque en los últimos años hubiese perdido progresivamente esas facultades, hemos de recordarla como lo fue en su plenitud. Una persona integradora, honrada, cabal y en el fondo, y por delante de todo, una buena persona. Preocupada por los suyos y por hacer las cosas bien.

Queremos agradecer a todas aquellas personas que durante estos últimos años le han rendido muestras de cariño y han estado a su lado y al lado de toda la familia.

Es bonito poder despedir a una persona a los 102 años. Persona que vivió su vida intensamente. Siempre estuvo rodeada por su familia – fue siempre muy próxima a sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus nietos – y se preocupó por ellos. Es una celebración a la vida.